

El síndrome de Cotard

Luis se despertó sobresaltado, jadeando sonoramente y sintiendo una gran angustia en el pecho. De nuevo aquella pesadilla había vuelto a asaltarle en sus sueños. Desde el accidente le había visitado noche tras noche, trastocando su descanso pues tras ella era incapaz de volver a dormirse. Vivía en un bucle infernal que lo oprimía tanto que empezaba a ser normal que cada día tuviese algún ataque de ansiedad.

Se levantó y respiró profundamente tal y cómo le había enseñado su psiquiatra. Estaba tirando el dinero, lo sabía, pero era la única forma de sentir que era él quien manejaba su vida y no sus miedos. Frustrado se dirigió al baño y decidió meterse bajo el agua esperando que este se llevase consigo aquella horrible sensación que le estrujaba el corazón.

Debería estar muerto, después de lo que le había pasado era un milagro que siguiese allí, tan extraño que hacía unas semanas una idea había estado forjándose en su cabeza, una idea descabellada, pero que cada día tomaba más fuerza en su mente. Estaba muerto. Era imposible haber sobrevivido a aquel disparo en la cabeza, imposible.

El agua comenzó a salir, pero no era capaz de discernir si esta salía fría o caliente. Era como si su piel hubiese perdido toda sensibilidad. Tratando de no obsesionarse se metió dentro pero enseguida volvió a salir. Aquello no tenía sentido, además, por más que se duchaba y por alguna razón que no comprendía, no conseguía deshacerse de ese tufillo que había comenzado a emanar de él hacía unas semanas. Abrió el cajón dónde guardaba sus medicinas junto con los palillos de las orejas. Miró con recelo las pastillas que le había recetado su psiquiatra, debería tomarlas pero... Cogió un par de palillos y comenzó a limpiarse las orejas. Cuando iba a tirarlos se dio cuenta de una cosa, pequeños gusanos blancos se encontraban mezclados con la cera de sus oídos. Los tiró a la basura asqueado. Su idea se había vuelto realidad, ya no había lugar a dudas, estaba muerto y su cuerpo se estaba pudriendo poco a poco.

Agitado de nuevo se miró en el espejo. Su aspecto era horrible, demacrado y muy pálido. Una cosa en su mejilla llamó su atención, era como si tuviese una pequeña rajita. La tocó con un dedo y al hacerlo la herida pareció abrirse más haciendo que un trozo de carne de su mejilla quedase colgando de forma grotesca. No pudo evitarlo, una arcada le dobló por la mitad haciendo que vomitase hasta los higadillos y nunca mejor dicho porque entre el vómito, de un extraño color oscuro, parecía haber trozos de órganos de un color rojo

oscuro. Estaba muerto, no cabía duda, pero aun estando muerto parecía que no podía morir como hacía el resto de la gente.

De nuevo un ataque de ansiedad comenzó a sacudirlo. Doblado y sintiendo que con cada paso sus extremidades se iban desprendiendo poco a poco de su cuerpo fue hasta el salón, descolgó el teléfono y llamó a ese número que se había convertido en su tabla de salvación durante aquellas semanas. Un tono, dos tonos, tres tonos... Saltó el contestador. El nerviosismo de Luis aumentó. Se planteó otra vez el tomar las medicinas que le habían prescrito, pero enseguida desechó la idea. ¿Qué más daba si las tomaba o no? Ya no había solución, estaba muerto, lo sabía, no se sentía el pulso, desde hacía días no sentía hambre porque su estómago ya no funcionaba al igual que el resto de sus órganos que como había podido comprobar antes estaban pudriéndose en su interior.

Estaba desnudo en el salón, era invierno y debería tener frío, pero no tenía frío. ¿Qué sentido tenía que siguiese allí? ¿Sería inmortal? Notó un hormigueo en el muslo. Tenía una fea herida de un color un poco extraño, como violácea, que no recordaba haberse hecho. De repente cientos de gusanos blancos comenzaron a salir de ella. Gritó horrorizado y corrió al baño buscando el agua oxigenada en un absurdo intento de intentar deshacerse de los bichos que continuaban saliendo en torrente de su pierna. Por alguna extraña razón surtió efecto. Temblando se miró al espejo. Algo raro le pasaba en el pelo. Se llevó una mano a la cabeza, cogió un mechón y tiró ligeramente de él. Este se desprendió sin ofrecer prácticamente resistencia.

Casi de una forma frenética Luis comenzó a arrancarse mechones y mechones de pelo hasta que algo en sus ojos llamó su atención. Se acercó un poco más al espejo. Parecía que tenía algo blanco en el lagrimal de ambos. Los observó durante unos segundos y le dio la impresión de que, fuera lo que fuese, se movía. Apartó la vista del espejo para coger un poco de papel e intentar mover con ello lo que fuese que tenía allí. Entonces notó que algo caía de su cara al suelo, se agachó a ver qué era. Asustado al identificar la blanca larva se golpeó contra el lavabo provocando que cientos de aquellos insectos cayesen de sus ojos. No pudo evitar volver a gritar sin saber qué hacer...

Avisados por una vecina del edificio, un par de policías se personaron en el piso de Luis. Llamaron a la puerta, pero nadie contestó. Su vecina aseguraba que no había salido de la casa y que tal vez se encontrase en apuros. Los agentes consiguieron abrir la puerta y llamaron a voz en grito a Luis antes de entrar. Nadie contestó. Los agentes entraron con cuidado en la vivienda hasta que vieron algo que les alertó, había sangre en el suelo. Sacaron sus pistolas y avanzaron con cuidado por el piso de Luis hasta que se encontraron

con la escena más grotesca de sus vidas. Tumbado en el sofá, bañado en sangre, estaba Luis. Tenía calvas en la cabeza que sugerían que se había arrancado el pelo o algo parecido. Su muslo estaba totalmente destrozado, era como si se hubiese apuñalado varias veces en un mismo sitio hasta conseguir arrancar un trozo. El arma con el que se había hecho tal herida estaba clavada en el ojo derecho de Luis, pero también parecía que se había apuñalado el otro ojo.

El sonido del teléfono sobresaltó a ambos agentes. Uno de ellos se acercó a él y descolgó. — ¿Luis? ¿Luis te encuentras bien? ¿Has tenido de nuevo esa pesadilla? —preguntó una voz de mujer al otro lado.

—Buenas noches, señora. Le habla el agente Márquez. ¿Quién es usted y qué relación tiene con... Luis? —contestó el policía.

— Soy Gloria Ruíz, la psiquiatra de Luis ¿El agente Márquez? ¿Le ha ocurrido algo a Luis? —preguntó la mujer preocupada.

El agente Márquez miró de nuevo el cadáver desmadejado de Luis y suspiró sonoramente antes de responder.

—Me temo que su paciente está muerto. Ha dicho que era su psiquiatra. ¿Qué le ocurría? —Padecía el síndrome de Cotard —contestó la mujer con la voz rota.

— ¿El síndrome de Cotard? —inquirió el policía que desconocía de lo que hablaba la psiquiatra.

—Sí, hace unos meses estuvo involucrado en un robo en una tienda y le dispararon en la cabeza. De alguna forma consiguieron salvarle, pero le derivaron a mí porque parecía tener un trastorno de estrés postraumático, pero no era así. Luis pensaba que estaba muerto, que había muerto en aquel atraco, pero que de alguna forma seguía en este mundo. Le mandé medicación pero... Las alucinaciones pueden ser muy reales y... —Las palabras se atascaron en la garganta de la mujer.

—Lo siento... —Fue toda la respuesta del policía.